

CELCIT. Dramática Latinoamericana 221

DÍAS Y NOCHES TAN LEJOS DE MOSCÚ

Versión libre de
"La Gaviota"
de Antón Chéjov

Patricia Suárez

Personajes: 7

Irina Arkádina, la actriz

Konstantin Tréplev, su hijo

Pedro Sorin, hermano de la actriz

Nina Sarechnaia, hija de un terrateniente.

Masha, hija del administrador de la propiedad de Sorin.

Boris Trigorin, novelista

Simón Medvenko, maestro.

La acción se desarrolla en la finca de Sorin.

Entre el primer y el segundo acto pasan dos años.

ACTO 1

Escena 1

Todos menos Nina y Medvenko están sentados en las butacas frente a un tablado en el que actuará Nina.

Medevenko toca un violín.

Los otros hablan con murmullos, aunque a veces una voz sobresale sobre otra, y queda solitaria en el aire.

Trigorin: Qué bien toca.

Arkádina: ¿Quién?

Trigorin: El maestro.

Arkádina: ¿Estás sordo?

Sorin: Es eximio.

Masha: Es maestro de escuela. No de música.

Trigorin: Aprendió de oído a tocar.

Arkádina: Se le nota.

Trigorin: Estás mala hoy.

Arkádina: Tengo criterio. ¿Dónde está Nina, Kostia? ¿Por qué tarda tanto?

Tréplev: No sé.

Arkádina: ¿Quieres que suba?

Treplev: ¿Qué?

Arkádina: Me acuerdo palabra por palabra mi papel de Desdémona... Aunque Desdémona era una tarada. (Pausa. Vanidosa) Mejor Medea. Ah, Medea. Yo llevaba un turbante con lentejuelas de plata así de alto y un antifaz... No, lo del antifaz fue con Lucrecia Borgia. Kostia, hijo, ¿subo y hago alguna cosa? Lo digo para que no se haga largo el tiempo...

Tréplev: ¡No!

Arkádina: El mal carácter no te ayuda.

Tréplev: Dejáme tranquilo.

Arkádina: Espero que hagamos esto pronto.

Tréplev: Tu apuro me ofende.

Arkádina: Ay, querido. Dimitri está haciendo un cabrito y no quiero que se pase. Somos los anfitriones y...

Tréplev: Ya vendrá.

Arkádina: El exceso de sensibilidad no te favorece. Un artista debe tener los

nervios de acero. ¿No es así, Boris?

Trigorin: ¿Qué?

Arkádina: Estaba hablando.

Tréplev: Un artista no es un general de los ejércitos.

Arkádina: Lo es. Sí, sí.

Tréplev: ¿Qué te favorece, madre?

Arkádina (riendo): ¿A mí? Las blusitas de seda roja. ¿No es así, Boris?

Trigorin: ¿Qué? Voy a pedirle que toque la Sonata a Kreutzer.

Arkádina: ¿A quién?

Masha: ¿No es un libro de Tolstoi?

Arkádina: No le nombre a Tolstoi que se irrita, querida.

Sorin: ¿Es donde el hombre mata a su esposa porque aprende violín con un profesor que...?

Trigorin (serio): Es una sonata de Beethoven.

Sorin: ¡Ah, no sabía!

Masha: ¡Ese, ese libro! Lo tuve en mis manos... ¿cuándo fue? Ah, sí.

Sorin: ¿Lo leyó?

Masha: Me lo prestó el maestro. Pero no se puede leer nada acá. El frío y el campo atentan contra la cultura. Tengo que ponerme mitones de lana para dar vuelta la página.

Sorin: Este invierno fue...

Trigorin (pícaro): Gata con guantes con caza ratones.

Arkádina: Te escuché, Boris. Es botas. El gato usa botas.

Trigorin: En el cuento.

Arkádina: Estás de buen humor. Me tomás el pelo.

Masha (muy bajo a Sorin): Por suerte, Dios creó el vodka.

Sorin: No creo que haya sido Dios.

Masha: ¿No?

Sorin: ¿Trajo?

Masha: Sí.

Sorin: ¿Me pasa?

Masha le pasa una petaquita.

Masha: Es el mejor remedio contra el frío. En el verano, refresca. Es una bebida mágica.

Sorin: Es una medicina.

Tréplev: A lo mejor a Nina no la dejaron salir. Tiene problemas con la familia.

Arkádina: ¿Qué familia? ¿Con nosotros?

Sorin: El padre se casó con mujer mala. Le quitó la herencia de su madre, para ponerla a nombre de la nueva mujer. Para, ¿cómo se dice...?

Masha: Impactarla.

Sorin: ¿Qué? Desheredaron a Nina.

Arkádina: ¿Y eso qué tiene que ver con que no pueda venir?

Masha (sarcástica): La ponen a fregar la casa.

Arkádina (sorprendida): ¿En serio?

Masha (riendo): ¡Como Cenicienta!

Arkádina: ¿es verdad eso, Kostia? Pobre muchacha. Encima la obligás a que recite tu... tu...

Tréplev: pero no, mamá.

Sorin: Hoy puedo respirar bien. (a Masha) Esto me alivia. Páseme.

Tréplev: Basta, basta. Ahí llega. (Ilusionado) ¡Es Nina!

Todos aplauden cuando ella saluda en el tablado. Se quita un sombrerito. Se arregla la blusa, se estira la pollera.

Nina: Gracias, gracias.

Sorin: Tiene talento.

Arkádina: Dijo gracias.

Sorin: Lo hizo lindo.

Arkádina: Ay, Petrushka. (Inaudible) Estás viejo. (al maestro que llega) Venga, siéntese acá.

El maestro se sienta.

Arkádina: Tiene admiradores secretos.

Maestro: ¿Sí?

Arkádina: Admiradores que usted ni se imagina.

Maestro: Cuénteme más.

Arkádina: No. Mi hijo está poniendo su obra. Debemos hacer silencio.

Nina: Soy la nada. (Carraspea, pausa.)

Arkádina (muy bajo, al hijo): Una obra no puede empezar así.

Tréplev (casi condesciente): ¿Por qué?

Arkádina: Porque no.

Tréplev: ¿Por qué? Después, después... Ahora silencio.

Nina: Estoy en este mundo doscientos mil años después que ustedes se hayan muerto. No hay leones, no hay avestruces, no hay pajaritos.

Sorin: Doscientos mil años..., me deprime tanto tiempo.

Nina: Está el polvo. (Carraspea)

Arkádina (un poco más alto): Que alguien le alcance un caramelito de miel.

Tréplev: ¡Madre!

Arkádina (sorprendida): ¿Qué?

Nina (a Tréplev): ¿Sigo?

Tréplev: Sí, sí.

Nina: En el verano ya no hay chicharras subidas a los sauces y cantando, cantando. No hay verano, no hay sauces. Todo es frío, frío, frío. Desierto, desierto, desierto. Pavoroso, pavoroso, pavoroso.

Masha (a Sorin): Si es tal cual me siento yo acá en pleno invierno. Le dije.

Sorin: ¿me daría otro traguito?

Masha: Claro.

Sorin: Tiene un gusto extraño.

Masha: Le puse un poquito de azúcar. (muy bajo) Es casera. Tengo mi propio alambique.

Sorin: Ah.

Masha: Voy a probar hacerla de la papa. Como los búlgaros.

Nina: Soy el alma del mundo también. La nada y el alma del mundo es una misma

cosa. Soy un olor. Un perfume, un humo.

Sorin (alegre): ¡Es el cabrito asándose!

Risas generales. Incomodidad de Tréplev. Nina ríe tímidamente.

Pausa.

Tréplev: Nina, adelante.

Nina: Sí, sí. (Pausa, fingimiento de entrar en el rol. Sobreactuación.) Soy el alma de Alejandro Magno y de Napoléon.

Sorin (un poco bebido): ¡Acabáramos!

Arkádina: Petrushka, mi hijo está mostrándonos... No tenés que beber.

Sorin (acongojado): No, no. (fuerte) Perdón, Kostia.

Arkádina: Es una falta de respeto hacia él que te comportes así.

Tréplev: Está bien, madre.

Arkádina: No es nada.

Nina: Una vez cada cien años despego los labios, abro los ojos. Y lo veo a él. A él.

Maestro: ¿Me señala a mí?

Nina: El demonio.

Maestro: ¿Es chiste? ¿Me lo dice a mí?

Arkádina: Está "actuando", querido.

Nina: Sus ojos encendidos, su olor nauseabundo...

Arkádina: Hay olor a azufre.

Sorin: Te avisé que Dimitri no sabe hacer bien un cabrito. Lo quemó. Si le hubiéramos dicho a María, en cambio...

Arkádina: Ah, María, María. Estás encaprichado con María y solamente sabe hacer pastelitos fritos!

Tréplev: Tiene que oler a azufre el ambiente.

Arkádina (corrigiéndose): Ah, ah, ah.

Nina: Un sopor helado nos rodea y yo tiemblo, tiemblo. Los seres espirituales soportamos el hielo...

Masha (bajo): No sabe Nina lo que es esta casa cuando mi padre apaga el fogón.

Maestro: No es Nina, es el alma del mundo.

Trigorin: Y la nada, no lo olvidemos.

Masha y maestro: no, no.

Nina: Allí está él. Él no tiene frío, pero finge... para confundirnos...

El Maestro se pone un gorro de lana ridículo.

Arkádina estalla en risas.

Arkádina: ¡El diablo se puso el sombrero!

Nina (farfullando): Sin el hombre, el diablo siente tedio.

Tréplev: Basta, basta. ¡Telón! ¡Que caiga el telón!

Arkádina: ¿Qué pasó?

Masha: ¿Nina está descompuesta?

Trigorin: Era una buena frase. Sin el diablo, el hombre siente tedio.

Téplev (iracundo): Es al revés, ¡al revés! ¡El que siente tedio es el diablo!

Trigorin: Sin embargo...

Tréplev: ¡No se atreva a copiarla!

Trigorin: ¿Yo?

Tréplev: Sí, ¡usted!

Trigorin: ¿Cómo se le ocurre?

Tréplev: Su obra está hecha de pequeños robos.

Trigorin: Por favor, Irina. Decile algo a tu hijo.

Arkádina (mecánica): Mi amor, mi pimpollito...

Arkadina se acerca a hacerle una caricia y él la rechaza con violencia.

Trigorin: ¡Mamá! ¡Acá los únicos genios son ustedes! ¡Acá no se puede decir otra palabra! ¡No se puede vivir, no se puede respirar! ¡Y ni siquiera saben qué es el arte! ¡Ya no lo sienten, porque están muertos! ¡Son muertos vivientes!

Tréplev sale enfurecido.

Arkádina: ¿Qué pasó? ¿Por qué se puso así?

Sorin: Lo ofendiste.

Arkádina: ¿Yo?

Sorin: Sí.

Arkádina: ¿Qué hice? Soporté ese... eso... que vimos.

Sorin: ¡Ay, Irina! Tenés el corazón en bromuro. Le criticaste la obra que era para vos.

Arkádina: ¿Me la había dedicado?

Sorin: ¡Era para que la vieras! ¡Un regalo!

Arkádina: Pero no me dijo. Yo pensé que era un varieté, un... algo de risa.

Sorin: Era una obra seria. Expresionista.

Arkádina: Yo soporté lo más que pude. Esto es culpa tuya.

Sorin: ¿Mía? Cuando no sabés a quién...

Arkádina: Tuya, tuya. Te dije: hago Antígona, hago Julieta. Me dijiste que me calle, que deje a Kostia preparar su espectáculo. Para alegrarnos. ¡Por Dios, si esperaba alegrarnos con eso! Estoy harta de sus desplantes.

Masha: Es nervioso, pero es muy bueno.

Sorin: Lo hace para llamar tu atención. Como un nene.

Arkádina: Es mi hijo y sé cómo es. Yo lo crié. Yo pagué sus pañales, su nodriza, su educación, sus libros, sus pelotas, sus espaditas de juguete. El caballito mecedora lo pagué yo: me costó un ojo de la cara; madera de abedul, excelente calidad, ni una astilla sobresalió nunca. Cuando salía de función, lo primero que yo pensaba era en verlo. Venía corriendo del teatro, de las giras. Volvía y me paraba delante de su cuna y lo miraba dormir. (fría) Era un angelito. Hermoso, hermoso. Duro y hermoso. Tan parecido a mí...

Maestro (grita): ¡Nina, bájese! (a los demás) Quedó ahí arriba como una estatua.

Sorin: Pobre Nina.

Masha: Debe ser pánico escénico.

Arkádina: El pánico escénico es otra cosa. Y Nina no lo padece.

Maestro: ¡Nina, venga!

Sorin (a Masha): Invítela con un traguito.

Masha (ofendida): ¡No!

Llega Nina.

Algunos aplauden.

¡Bravo, bravo a la pequeña actriz!

¡Gracias, gracias!

¡Qué debut más agitado!

Trigorin (a Nina): No entendí nada. Pero a usted la miraba con gusto. Actuaba con tanta sinceridad. Los decorados son excelentes; y la introducción que hizo el maestro con el violín fue excelente.

Nina: Gracias.

Trigorin: Se puso colorada.

Nina: Estoy acalorada.

Trigorin: La emoción.

Nina: Veo todo rojo. Estoy muy ofuscada. Quedé ahí arriba y porque Kostia, perdón, Konstantino tuvo un arrebato de cólera, yo... No es justo, no.

Trigorin: Pero usted se lució muy bien.

Nina: De veras?

Trigorin: Yo no elogio a alguien así porque sí.

Arkádina (interrumpiendo): Aprovecho a presentarlos. Nuestra hermosa vecina, Nina. Ninoshka, para nosotros. Borís Trigorin, novelista, león de las letras rusas. ¿Te gustó lo de león, Boris? Es una licencia poética, eh. El señor es autor de El león y el águila, El sueño del Emperador, Días y noches, y muchos libros más que seguro usted leyó porque ¿qué otra cosa se puede hacer en el campo? Pero ahora él ha descubierto que su mayor placer es pescar. Los escritores están todos locos.

Nina (tímidamente): yo no creo que exista otro placer mayor que crear. No puede ser, es imposible.

Arkádina: ¿Crear? ¿Crear libros o crear problemas? Ah, ah. Es chiste. Pero no le hable así, cuando le dicen palabras agradables se siente perdido.

Trigorin: Irina, modérate.

Arkádina: Voy a consolar a Kostia.

Sorin (corriendo, agitado la alcanza): Te acompaño.

Arkádina: Vamos a consolar a Kostia.

Sorin: No, Irina. Lo que debes hacer es amigarte con él.

Arkádina (saliendo): ¿Yo? Pero si no hemos peleado.

Sorin: Irina...

Arkádina: No puedo ya expresar mis opiniones. Todo le molesta, es él, es él.

Salen.

Masha y el Maestro a un costado.

Maestro: El violín para mí es un instrumento sagrado. Lo respeto más que a la Virgen de Vladimir que está en Constantinopla.

Masha (desinteresada): Ah, sí?

Maestro: Dios creó el violín.

Masha: Dios creó tantas cosas... al final, perdió la cuenta.

Maestro: Me hace reír usted.

Masha: Cuando me miro al espejo no me veo graciosa.

Maestro: Usted es hermosa.

Masha: Psé.

Maestro: Sabe que la quiero.

Masha: Ajá.

Maestro: Quiero que sea mi esposa.

Masha: ¿Y me lo dice así? Sin preparación. Sin ponerse de rodillas y besarme la mano.

Maestro: ¿Quiere que lo haga?

Masha: ¿No le parece un poco humillante?

Maestro: No.

Masha: Bueno, hágalo entonces

El Maestro se arrodilla y hace lo que Masha le pide.

Ella ríe.

Masha: Déjeme un momento. Tengo que ir al baño.

Masha sale, apurada.

Encuentra a Tréplev.

Masha: Kostia! Su madre lo buscaba.

Tréplev: No me hable ahora de esa mujer.

Masha: Kostia, entre en razón. Me gustó mucho su obra.

Tréplev: No le creo.

Masha: No soy capaz de mentirle.

Tréplev: A veces pienso que usted tiene el alma de lotería.

Masha: ¿Qué quiere decir?

Tréplev: Eso.

Masha: No lo entiendo.

Tréplev: Embrómese.

Masha: ¿Por qué se enoja conmigo?

Pausa.

Masha: Eso es lo que pasa con su obra. Es buena, pero uno no siente nada. Uno está preocupado por entender lo que se dice. Y cuando parece que lo entiende, uno comienza a preocuparse por aquello que va a pasar. ¿Qué va a pasar? No pasa nada. Los personajes hablan y hablan como para sí mismos. Y en la vida la gente se enferma, se muere, se mata, se casa, ama, tiene hijos, enloquece, se tira al pozo, se besa... En sus obras eso no pasa, Konstantino.

Tréplev: Yo escribo sueños. Son sueños.

Masha: ¡Pero hay gente que sueña con helados de frutilla! ¡Todo el mundo no sueña con ideas, ni con filosofía!

Tréplev: A veces pienso que lo mismo que tanto me gusta de usted, Masha, es lo mismo que me hace detestarla: el parecido con mi madre.

Treplev sale.

Masha queda sola, confundida.

Entra Trigorin.

Trigorin: ¿Está sola?

Masha: Sí.

Trigorin: ¿No vio al maestro?

Masha: ...no sé. Estaba por ahí. ¿Necesita algo? Puedo traérselo yo.

Trigorin: Iba a pedirle que me enseñara a tocar el violín.

Masha: ¿A él?

Trigorin: ¿Por qué lo dice así?

Masha: En la ciudad debe haber muchos profesores. Grandes músicos, de orquestas sinfónicas. El maestro, pobre, él... hace lo que puede.

Trigorin: Me gusta esa música salvaje que tiene.

Masha: ¿Salvaje él?

Trigorin: Silvestre, a la violeta...

Masha: Ah, sí.

Trigorin: Usted no lo aprecia.

Masha: Sí, lo aprecio. Valoro todo lo que él hace. Trabaja en una escuelita de mala muerte en un pueblo, viaja en carro todos los días, mantiene a la madre, a una tía solterona, a un tío enfermo... Claro, que lo aprecio.

Trigorin: Pero no lo quiere.

Masha: ¿En qué sentido?

Trigorin: Usted sabe.

Masha: Yo quiero a Konstantino. (Triste.) Lo quiero, ¿qué remedio?

Trigorin: Usted compra amor con espinas.

Masha: Sí.

Trigorin: Él, según dice la madre, está enamorado de la chiquita, la actriz.

Masha: No, no está enamorado. Kostia, Konstantino, no puede amar a otra persona que no sea él mismo. Es un artista.

Trigorin: Yo también y sin embargo...

Larga pausa; silencio tenso.

Masha: Pasó un ángel.

Trigorin: ¿Usted sabe asar pescados a las brasas?

Masha: Los tiene que envolver con papel de diario. La Voz Moscovita, hay una pila por ahí. El señor Pedro suele recortar artículos sobre la salud. Por el asma. Después los deja tirados por todas partes. Envuelve pescadito por pescadito con diario y los sala con sal gruesa.

Trigorin: Está muy mal, ¿verdad?

Masha: Sí.

Trigorin: ¿Se muere?

Masha: Sí.

Trigorin: Irina dice que está bien. Es... un achaque de toda la vida..., dice.

Masha: Si fuera a la montaña, a un lugar seco... Hay un sanatorio adonde podría recuperarse. Pero eso es muy caro.

Trigorin: ¿Sabe Irina la posibilidad del sanatorio?

Masha: Sí.

Trigorin: Ah.

Masha: El viaje, el equipaje, la estadía allá, los médicos... Sale mucho. Cuando el señor Pedro estuvo muy mal la vez anterior, ella lo acompañó a un convento. A dos pueblos de acá, en San Lorenzo. Un retiro, de unos monjes, con aguas termales... sulfúricas, creo.

Trigorin: Me acuerdo. Yo estaba en París. Daba conferencias...

Masha: Ella cree que los monjes tiran una alfombra roja para recibirla cada vez que va. Pero la realidad es que los agota... Ella les pide cosas que no pueden conseguir. Dátiles de Armenia, cuando se supone que tienen voto de pobreza. Vino del Rin. Cuando los monjes se supone que no toman. Aceitunas griegas. Marrón glacé.

Trigorin: Conozco los caprichos de Irina.

Masha: Les pidió que no tocaran la campana en la mañana temprano porque ella duerme hasta tarde y con pocas horas de sueño la piel se arruga. (Compasiva)

Dice que tiene treinta y dos años. Ellos le hacen caso en todo, porque piensan que la señora hará una donación después. Son muy pobres...

Trigorin: ¿Y?

Masha: No les hace ninguna donación.

Trigorin: Los vuelve locos.

Masha: Sí. (Pausa.) ¿Dónde dejó los pescados?

Trigorin: En el balde aquel, afuera.

Masha: ¡Se van a pudrir!

Trigorin: No, están bajo el emparrado.

Masha: Vamos, vamos, hay que sacarlos.

Trigorin y Masha salen.

Escena 2

A un costadito, en la galería que da al jardín o en el jardín.

Arkádina y Tréplev.

Arkádina: Mi amor, mi solcito... no te podés poner así.

Tréplev: Dejáme tranquilo, mamá.

Arkádina: Lo único que sabés decirme es eso. Y después tu tío dice que la obra era para mí, que yo no sé apreciarte... y cada vez que me acerco: Mamá, andáte; Mamá, salí... No es justo.

Tréplev: La obra no era para vos.

Arkádina (seca): Ah. (Pausa.) Era para Nina.

Arkádina trata de acariciarlo y él se aleja. Ella se acerca hasta encontrar el ángulo y le acomoda el pelo, la corbata -o el moño- el primer botón de la camisa.

Arkádina: ¿Estás enamorado, mi amor?

Tréplev: No.

Arkádina: A veces el amor lo pone a uno irritable.

Tréplev: Sabrás vos sobre eso.

Arkádina: Cuando eras chiquito, muy chiquito, yo te besaba en un lugarcito que

sólo yo conozco, detrás de tu oreja. Te hacía así (imita el sonido de un beso) y te retorcí todo. Yo decía: Ah, cuánto le va a costar a una llegar a conquistarlo como yo lo conquisté...

Tréplev: Te importa más el amor de ese hombre, que se dice novelista, ¡ese cagatintas!, que lo que hago yo. Yo soy un bebé para vos, un recuerdo.

Arkádina: Mi amor, no digas...

Tréplev: Dejá de llamarme así, mamá. No me gusta.

Arkádina: Él te aprecia.

Tréplev: Pero yo no lo aprecio a él. Escribe cosas viejas, decadentes... ¿Quién se va acordar de él cuando esté muerto, eh?

Arkádina: ¡No pienses esas cosas! Traen mala suerte.

Treplev: en la guerra entre la fama y la gloria: él no obtiene la gloria!! Él sirve nada más que para alimentar periodistas que no tienen donde caerse muertos! Pobres chacales que lo siguen a la rastra! Analfabetos, pelafustanes, atrás de un don nadie!!

Arkádina: Estás celoso.

Treplev: Andate, mamá.

Arkádina (lo persigue, lo abraza): No, no, no. Chiquito mío. Mi amor. Tenés frío, estás temblando, hace frío acá dentro. Leña, falta leña. (lo frota.) ¿No hay leña? Que echen paja de la escoba, lo que sea. Vos no podés pasar frío.

Treplev (lloroso, entre los brazos de Arkádina): Soltáme, mamá.

Arkádina: No, no. Besáme, besáme. Dame un beso. Yo soy tu mamá, no me tortures así, Kostia. (Ella lo besa, él le da un beso desganado) Principito mío. ¿Te acordás cuando te contaba el cuento de la mujer que gastaba las escobas? Qué lindo era. Era una mujer que todas las semanas le pedía al marido que le compre una escoba nueva, porque se le gastaba. Al marido eso le parecía muy raro, pero las vecinas le decían: Su esposa es muy trabajadora, barre todo el día el piso, para aquí, para allá..., y un día él descubre que la esposa ya no está durmiendo al lado de él en la cama. María, la llama. Ella se llamaba María. ¿Dónde estás? Se asoma a la ventana y ve que ella se voló. Se fue volando, montada en la escoba... Al día siguiente, el esposo consulta con un cura, y el cura le dice: Su

mujer era una bruja. Ahora no puedo recordar qué pasaba con la mujer... si volvía a la casa con el marido, o no, si se iba por ahí. ¿O el marido la quemaba? ¿De dónde saqué esa historia? Es un poco macabra. ¿Te parecía macabra, hijito cuando te la contaba de niño? Yo me sentaba arriba de la mesa, como en un escenario. Y vos me mirabas de abajo con tu carita linda... aplaudías después, me llenabas de guirnaldas de papel ... (Larga pausa.) ¿Te acordás, Kostia?

Tréplev: No, mamá.

Arkádina: Kostia...

Tréplev: Sí, mamá. Me acuerdo.

Escena 3

Trigorin y Nina

El pasa con la caña de pescar y un medio mundo.

Nina: ¿Qué hace con eso?

Trigorin (deteniéndose de pronto): ¿Qué?

Nina: ¿Estaba pescando?

Trigorin: Ese lago es muy rico.

Nina: Yo siempre paseo por ahí. No lo atrapó una sirena rusa?

Trigorin: A mí? Ya estoy viejo.

Nina: Son los espíritus de las muchachas que se ahogaron. Vienen por detrás de una, corren (hace los movimientos) y la atrapan por la fuerza. Tiran de las trenzas... ¿Sabe cómo matan a las personas las sirenas rusass?

Trigorin: No...

Nina (haciéndole cosquillas): ¡Con cosquillas!

Pausa.

Nina: Usted vive en un mundo maravilloso.

Trigorin: ¿Yo? No era que las sirenas están ahí, en las ramas de los sauces que crecen sobre el lago? Yo no. Yo vivo entre libros viejos, tinteros, lápices, las presiones de mis editores, ¡el malhumor de mis editores! Todos hombres

miserables, mal vestidos, que huelen mal, con los dientes picados. ¡Hace siglos que no veo una sonrisa como la suya, fresca! Entera. Usted está entera. Tendría que anotar eso. ¿Ve? Ya no puedo estar ni dos segundos con una persona que tengo la necesidad de anotar lo que dice, el mundo es escribible para mí, ¡y esto es un gran pecado! ¿Lo entiende?

Nina: No.

Trigorin: El mundo es una fuente de gozo para mí, no en sí mismo, no por sus árboles y sus frutos, no por sus pájaros, por las noches de verano, por la luna, el sol y las estrellas y todas esas zarandangas que emocionan a los cantantes, ¡el mundo es maravilloso porque puede cifrarse en un código de 22 letras! Porque árbol son cinco letras, un sustantivo que acoplado con adjetivos puede formar una frase. Deformación profesional. Es un mundo pobre.

Nina: ¡No!

Trigorin: No me entiende.

Nina: Yo quisiera estar en su lugar.

Trigorin: ¿Para qué?

Nina: Para vivir en la luz.

Trigorin: ¿La luz? Más luz que acá, en pleno campo, donde el verano dura eternamente? (Pausa, reflexivo) La luz de los barcos deslumbra a las gaviotas en la noche. Chocan contra los mástiles y caen. A veces hay que huir de la luz, despavorido. Esto tengo que anotarlo. ¿Un lápiz no tendrá?

Nina: No.

Trigorin: Qué pena. Tendré que acordármelo, y cada vez me falla más la memoria. Al principio, cuando tenía la edad de usted, no me anotaba nada, mi mente era mágica, mi memoria era una alforja mágica adonde todo cabía. Pero con el tiempo, necesité de libreta.

Nina: Yo por la felicidad de ser escritora o actriz, soportaría el desamor de mi familia, la penuria, las decepciones, viviría en un altillo y comería únicamente pan negro, sufriría con gusto el descontento de mí misma, la conciencia de mis errores, pero en pago exigiría la gloria... La gloria, la gloria... (se turba) Ay, ¡la

cabeza me da vueltas! (se marea) Estuve bebiendo el licorcito que prepara Masha y no sé...

Trigorin la sostiene, la abraza.

Trigorin (bajo): Cuando se tiene un entusiasmo así de firme, todo se alcanza.

Nina: ¿De veras?

Trigorin: Sí.

Larga pausa. Trigorin la sostiene en su abrazo.

Trigorin: Pero puede fallar. Accidentes hay en todas partes.

Voz de Arkádina:

Arkádina: ¡Boris! ¡Boris!

Trigorin: Me llaman. Tengo que alistar algunas cosas, parece que nos vamos mañana. Luego hablamos. Vuelvo enseguida. Me interesa esto que usted dice. Espéreme.

Nina: Sí.

Trigorin se aparta de pronto.

Nina se queda con frío, helada, extraña.

Entra Tréplev con la gaviota muerta, la pone a sus pies.

Tréplev: Para usted.

Nina (con aprensión): ¿Qué hizo? ¿Qué es esto?

Tréplev: Cometí la infamia de matar esta gaviota. La pongo a sus pies. Pronto yo voy a terminar igual.

Nina: Está loco, Kostia.

Tréplev: Veo que le importa muy poco qué cosa haga conmigo mismo.

Nina: ¿Es un bebé acaso?

Tréplev: Se burla, le soy indiferente.

Nina: Lo trato igual que siempre.

Tréplev: ¡Mentira! ¡Está así desde que trabajó en mi obra! Al principio decía que le gustaba, pero después oí por ahí que comentó que era una porquería, no tenía vida, era insulsa. Niéguelo. Le ruego que me diga que no fue usted la que dijo eso de mi obra.

Nina: No lo dije.

Tréplev: Gracias. Pero miente. Las mujeres no perdonan el fracaso. Quemé todo, hasta el último pedacito de papel. ¡Estoy destrozado! Su frialdad me asusta; es tan increíble como si me hubiera despertado de pronto y el lago de ahí se hubiera secado. Yo era tan mamarracho que besaba el suelo que usted pisaba. La obra no gustó, y usted me considera un hombre cualquiera, insignificante, del montón...

Nina: Saque ese pájaro muerto de mis pies.

Tréplev: Está ofendida.

Nina: Me mancha los zapatos con sangre.

Tréplev: La escribí para usted.

Nina: ¿De qué sirvió, Konstantino? Me dejó con la boca abierta, parada en medio del escenario como una estúpida.

Tréplev: Perdóneme.

Nina: Como un animal solitario en la sabana. Perdido.

Tréplev: Todos la admiraron igual.

Nina: Quite la gaviota de aquí. Se lo exijo.

Tréplev: Voy a ser maldito por haberla matado. En altamar, matar una gaviota trae desgracia: ellas son los pájaros que guían a los naufragos y un idiota va y comete la ingratitud de bajarla de un escopetazo, entonces...

Nina: ¿Cómo voy a explicar a mi padre o a cualquiera que mis zapatos de cabritilla blancos, los únicos buenos que me quedan, están manchados de sangre?

Entra Trigorin.

Trigorin (a Nina): ¡Ah, perdón! No sabía que iba a estar ocupada... (Nota la gaviota en el suelo). ¿Qué pasó?

Tréplev: Estuve en altamar. En un barquito miserable. Se hundió y cuando la

gaviota vino a orientarme, la bajé de un escopetazo.

Trigorin: ¿Soñó eso, Kosntantino? ¿Cuándo lo soñó? Yo acá con todo el silencio del campo, acabo por no conciliar el sueño, me pongo nervioso y...

Sale Tréplev enfurecido.

Trigorin: ¿Siempre está así?

Nina: Desde que usted vino.

Trigorin: Qué...

Nina: Tiene el orgullo de un príncipe destronado.

Trigorin (saca la libreta y anota): No puedo estar al lado suyo sin llevar mi libretita negra. Usted me inspira mucho, Nina, casi constantemente. (Anota.)

Nina (coqueta): Si tanto lo inspiro, no debe usted irse.

Trigorin: La paz del lago mina mis fuerzas.

Nina: ¿Qué está escribiendo?

Trigorin: Se me ocurrió un argumento para un cuento breve: al borde un lago vive, desde su infancia, una joven muchacha, como usted; ama el lago como una gaviota, y es feliz y libre como una gaviota. Pero llega por casualidad un hombre, la ve, y no teniendo nada que hacer la destruye como a esa gaviota.

Pausa.

Nina (muy bajo): No se vaya, por favor...

Entra Arkádina.

Arkádina (a Trigorin, feliz): Estaba buscándote. No puedo cerrar la valija. ¿Por qué pasa eso en los viajes? Todo entra a la idea y nada vuelve a caber a la vuelta. Es un misterio, ¿eh? Si piensas mucho en eso, Boris, a lo mejor terminás escribiendo un monólogo...

Trigorin: Ahora te ayudo. Permiso, Nina.

Nina (retorciendo sus emociones): vayan, vayan...

Escena 4

Masha y Tréplev

Sorin

Masha: ¿Por qué mató la gaviota?

Tréplev: Un arrebato.

Masha: Eso está muy mal.

Tréplev: Muchas cosas están mal.

Masha: ¿Por qué no vive como un campesino? El mismo Tolstoi vivía en el campo, él llevaba las cuentas y las administraba... y luego escribía. Cuando llegaba la noche, cuando los hijos dormían... Tenía muchos hijos, no me acuerdo cuántos justo ahora, y él iba, pluma y tintero y...

Tréplev (herido): Veo que usted lo conoció al Conde León.

Masha: No. Leí que él vivía así en un suplemento de cultura de...

Tréplev: No lo conoció entonces?

Masha: No...

Tréplev (gritando): ¿¿¿Entonces de qué habla, Masha??? ¿Qué sabe usted? Una campesina, sin aspiraciones, sin ambiciones: o sea: ¡sin futuro!

Masha: No es cierto. Tengo ambiciones, las tengo. Pero no ando ventilándolas por ahí como hace usted o la estupidita de su amiga, yo..., yo...

Tréplev: ¿Cuáles son, eh? Dígamelas.

Masha: Yo...

Pausa tensa.

Entra Sorin, descompuesto, tanteando los sillones.

Masha y Tréplev: ¿Qué pasa?

Tréplev: Traígale agua.

Masha (sale y entra con un vaso con agua): Tome, tome.

Sorin: Estuve... me metí en el gallinero y... las plumas, el calor... Me cerró el pecho.

Tréplev: Con cuidado, tío. Tranquilo. (Pausa.) Voy a buscar a mamá.

Sorin: No ponían, no sé por qué... Todas aves recién traídas...

Tréplev: No hables, no te agites.

Tréplev sale.

Sorin: Tráigame un poco de lo usted sabe.

Masha (desconcertada): ¿Qué?

Sorin: Unas gotas me van ayudar.

Masha: Ah.

Sorin: Su licor resucita un muerto.

Masha (angustiada): Usted no está muerto, no hable así. Me asusta.

Sorin: Linda criatura. Sirena de ríos vacíos...

Masha (buscando entre sus ropas la petaca): Aquí, aquí, señor Pedro. Beba.

Sorin: Ayúdeme.

Masha: De a poquito. Gota por gota.

Masha va hasta él y lo hace beber.

Sorin: Así de cerca, la veo tan pálida. Tan pálida usted también...

Masha: No me haga esto, señor Pedro. Me asusta tanto...

Sorin se desmaya.

Masha (desesperada): ¡Kosntantino! ¡Señora Irina! ¡Vengan, vengan!

Escena 5

Sonido del violín de Medvenko.

Trigorin y Nina

Trigorin: Nos quedamos.

Nina: Qué alivio. (Embarazada) No es eso lo que quiero decir, me apena lo que le pasa al señor Pedro, pero, ah, ¡qué complicadas son las palabras a veces! No sirven para decir nada. (Pausa; Trigorin la mira con sorna.) No me mire así. Usted porque es escritor, tiene en la mente todas las palabras que quiere, pero yo...

yo...

Trigorin: A mí me pasa todo el tiempo. Al principio no. Al principio yo podía decir cualquier cosa, y hasta me parecía que estaba bien decir todo. Pero después privilegié escuchar. Porque saber escuchar es primordial para el oficio... Pasé tanto tiempo oyendo cosas y anotándolas en la libretita y cuando quise volver a hablar espontáneamente... ya no podía hacerlo más... Muy triste, muy triste.

Nina: No le creo. Usted sabe poner en un papel el sentimiento como no lo hace nadie.

Trigorin (riendo): No lo hace nadie, no lo hace nadie! Con cuánta ligereza lo dice. Es un oficio lindo esto de volcar en el papel... el mundo. Pero la gente me lee y dice: "Ah, qué bonito es. Talentoso. Claro que al lado de Tólstoi..." o "Un libro excelente, pero Primer Amor de Turgueniev es mejor". Y así hasta la tumba no será más que bonito y talentoso, bonito y talentoso, nada más, y cuando me muera los amigos que pasen cerca de mi tumba, dirán: "Aquí yace Trigorin. Fue un buen escritor, pero Turguéniev escribió mejor".

Nina: Yo... yo daría cualquier cosa por ser una gran actriz, exitosa...

Trigorin: Sí, ya me lo dijo antes, Nina. Mi madre diría: Que le aproveche bien tener esos deseos. Usted habla del éxito y del teatro como el sordo que abre una cajita de música y ve a la muñequita girar con su tutú. Con todo respeto lo digo. Es un río torrentoso y hay que ir contra la corriente para sobrevivir, por que si no...

Se queda absorto, mirándola, escuchando el violín.

Nina: ¿Por qué sino...?

Trigorin: ¿Qué?

Nina: ¿Qué decía?

Trigorin: Se me fue.

Nina: Usted decía que el teatro es como un río torrentoso. Y hay que ir contra la corriente para sobrevivir.

Trigorin: Ah.

Nina (lentamente): Pero yo le digo: sólo los peces muertos siguen el curso del

río.

Trigorin: Qué lindo eso! ¿De dónde lo sacó?

Nina: ¿Qué?

Trigorin: La frase.

Nina: No sé. Se me ocurrió.

Trigorin: Es linda.

Nina: Sí.

Trigorin: Ahora me dan pena los bagres que pesqué. (ríe; pausa) Cuando yo empecé a escribir, el acto de escribir mismo era una tortura. (Pensativo) Qué bien toca el maestro. Eso está muy bien, tocar, dedicarse al arte, sin ambiciones, cada vez que se puede. Hasta puede que el maestro sea un genio desconocido y...

Nina: No se crea; no toca muy bien. Nada más sabe baladas y...

Trigorin: ¿Qué importa? Yo escribo solamente comedias. Tragedias no puedo. No tengo esa vena. Para salir a flote suelo reírme de todo, de mí mismo en primer lugar. Antes hacía observaciones, digamos, humorísticas, en voz alta, pero a medida que corrieron los años pasé de ser considerado ingenioso a ser llamado desubicado y hasta un cínico. Pero yo no soy un cínico. Yo me río y uso salvavidas en el mar. Pero me río para adentro. ¿Usted me escucha cuando me río?

Nina: Sí: se le nota acá (toca un borde) en el borde del ojo.

Trigorin: Donde la mirada se muere en el párpado. Linda observación. Esta vez voy a anotar, discúlpeme un momento. (se aparta)

Larga pausa. El violín del maestro equivoca una nota y vuelve a empezar y vuelve a equivocarse.

Nina: Usted cree que yo tengo talento?

Trigorin: Cómo dice?

Nina: En las tablas. Puedo estudiar, ser la discípula de alguna gran actriz. Yo siempre observaba a la señora Irina cuando venía de descanso y pasaba letra... Cómo se movía, cómo hacía morisquetas frente al espejo. Piensa que tengo talento?

Trigorin (riendo): ¡Si ella sabe que usted le dice morisquetas a su cuidada expresión teatral, se nos muere aquí mismo!

Nina: No me contesta, Boris. Estoy angustiada y no me contesta.

Trigorin: Ah, el talento dice. ¿Qué le puedo decir yo? ¿Quién lo puede saber? Está la chispa dentro suyo? Vaya a la ciudad y aprenda. Al infierno se va por atajos. Tome clases con Andrei Kalpakian, a Tomás Denoir, el francés que ahora vive en un pisito en San Petersburgo y dicen que es muy bueno aunque yo no lo he visto actuar nunca. Pídale lecciones particulares a Irina. (bajo) si estudia con Natalia Rachmaninova, no podrá pisar esta casa otra vez. Irina la odia... ya no recuerdo por qué minucia...

Nina: ¿Pero y yo? ¿de mí? ¿Qué me dice?

Trigorin: Qué empecinado es el maestro para tocar siempre la misma melodía.

Nina: Es la única que conoce. ¿Cómo se decidió usted a ser escritor?

Trigorin: No me decidí. Fue un impulso. Me tocó serlo; yo antes creía mucho en el destino... Mi padre me echó de la casa, y mi madre dijo que con la mala vida que iba a llevar acabaría suicidándome. Pero después fue y me compró un gamulán bien abrigado, y bufandas y guantes y gorros de lana de todos los colores... para que no muriera de frío en el invierno..., supongo. Quiero suponer.

Nina: Si me decido por la actuación, mi padre no me perdonará nunca.

Trigorin: Pero desheredarla ya no puede desheredarla.

Nina: No. Mi herencia actual es mi guardarropa y alguna ropa blanca...

Trigorin: ¿Qué pierde entonces?

Nina: Tiene razón.

Trigorin: Un pequeño escritor, sobre todo si no tiene suerte, se considera torpe, sin gracia, de más; sus nervios están tensos, desgastados; ronda irresistiblemente alrededor de gente vinculada con la literatura y las artes, sin ser reconocido ni notado, tiene miedo de mirarlos directamente a los ojos, como un jugador apasionado y sin un céntimo. Yo no veía a mis lectores, pero en mi imaginación, por esas cosas que uno no sabe, se me hacía que eran poco amistosos, desconfiados: yo tenía miedo del público, ¡pánico!, cuando me estrenaban una

obra imaginaba que los morochos me eran hostiles y los rubios indiferentes. ¡Qué horrible era! ¡Qué martirio fue todo eso!

Nina ríe.

El violín de Medvenko se detiene.

Trigorin: No le encuentro la gracia, Nina.

Nina: Usted es un niño!

Trigorin: Shh. No se ría así; lo desconcentra al maestro. (goloso) Qué lindos dientes tiene, Nina.

Nina: ¿Sí?

Trigorin: Así, riéndose... es linda su boca.

Nina ríe, coqueta.

Trigorin: Me recuerda, me recuerda a... ¿cómo era?

Nina: Recuerdos que no me nombran...

Trigorin: Linda frase esa también, ¿eh? Como el comienzo de un poema...

Nina: Usted es un don Juan, Boris.

Trigorin: Una ruina de don Juan.

Nina (enlazando el brazo de él): Ah, no le creo. Venga. Allá están las copitas. Tomemos una...

Medvenko recomienza. Salen.

Escena 6

Las tres mujeres.

Arkádina (desesperada, pero sobreactuando): No es posible que haga una cosa así. ¡Yo no lo eduqué para que él pierda su vida en insultos idiotas! Ocho años con los jesuitas, cinco con carmelitas. Eso lo habrá confundido, tantos curas. Pero la educación laica no me gustaba y ¡tampoco era más barata!

Masha: Cálmese, señora Irina.

Nina: Salió a caminar por el bosque.

Arkádina: ¡Retar a duelo a un escritor, a una celebridad! Mi hijo está loco!

Masha: Es su corazón...

Arkádina: ¿Cómo su corazón? ¿Qué tiene? ¿Qué le pasa? Es una enfermedad? Por qué nadie me informó?

Masha: Era una manera de decir, está dolido en sus sentimientos.

Arkádina (con desprecio): Ah, sus sentimientos.

Nina: Igual, él no puede querer atacar al señor Trigorin. Es la figura más importante de las letras rusas. (Se enreda) Vivas. Es un escritor vivo. Es...

Arkádina: Está bien, querida. Comprendemos de qué habla.

Nina: Yo lo admiro profundamente.

Arkádina: Sí, por supuesto. Donde va, él levanta polvareda con su fina conversación...

Nina: ¿Cómo dice?

Masha: Está dolido, porque usted no lo... no lo mima.

Arkádina: ¿Así, en público?

Masha: Konstantino. Está celoso. Porque usted no lo admira.

Arkádina: ¿Yo, no admirar a mi propio hijo? Si es un sol, la luz de mi vida, sus preciosos ojos azules, apenas más oscuros que los míos, su porte, tan altivo, orgulloso, siempre de punta en blanco, una estampa elegante: la ropa reluciente, los zapatos lustrados, en las solapas nunca ni una mota de polvo, un muchacho fino, cuidado, todo un señorito, mi hijo. Eso lo heredó de la parte Arkadín de su sangre. ¿Cómo no voy a amarlo? ¿Él qué hace? Trigorin, ¿quiero decir? ¿Dónde está?

Nina: Pescando...

Arkádina: ¿En el arroyo? ¿En el lago? Ay, Dios mío. ¿No irá Kostia a tener un arrebató, un momento de locura?

Masha y Nina: No, ni lo diga. No, por favor. Estaba tranquilo Kostia. Estaba bien.

Arkádina: ¡Qué vicio Boris con los pescados! En Moscú no prueba un arenque. Le tiene miedo a las espinas. Le tiene miedo a todo: es peor que una mujer; cree en todos los presagios posibles, en las adivinaciones, en los sueños, en los

encantamientos, en el fin del mundo, en el diablo, le teme a las lauchas, las lechuzas, los murciélagos, las cucarachas, la luz mala, a los rayos, a los remolinos durante las tormentas de viento, a los hombres muy rubios, a las corrientes de aire, al agua helada, los desmayos, la muerte súbita, las patadas de los caballos, la sandía con vino, el lechón frío, los espejos rotos, las tazas con las manijas cachadas.

Nina: Es un niño...

Arkádina: No puede estar solo. Por eso voy y vengo con él. Pero cuando está de humor: ¡ah, cuando está de humor! ¡Cómo me hace reír! Entonces yo le digo: a ver cuando crecés, Boris. Tenés que crecer. Y él me contesta:

Nina (interrumpiendo): Espera únicamente lo que no puede ser.

Arkádina: ¿Cómo lo sabe?

Nina: Días y noches. Página 31. Es lo que dice el protagonista a Elena.

Arkádina: No lo recordaba.

Masha: ¡Usted debe tener tantas cosas en la memoria! ¡Tantos textos! ¡Viajó por todo el mundo! En todas partes adonde va la ponderan como a una Virgen. La aman, la admiran, la gente llora y se ríe viéndola a usted; cuando después se reúnen en sus casas hablan de usted como de un pariente querido y ahora lejano...

Arkádina: Me va a hacer llorar, Masha. Gracias.

Masha: No van a olvidarla nunca.

Arkádina: No, ya lo sé. Gracias a Dios. Empeñé mi vida en eso.

Masha: En cambio de mí, ¿quién se va a acordar de mí cuando yo esté muerta? Aquí, sola en el campo... Nina, ¿y de Nina? ¿quién?

Arkádina: No diga eso, querida.

Masha: Sola como la luna.

Arkádina (con desprecio velado) Aparecerán buenos muchachos. Se casarán con ellos; tendrán media docena de hijos...

Nina (con horror): ¿Media docena?

Arkádina: Usted, por ser tan hermosa, seguro tendrá alguno más...

Masha: Ahí está el señor Trigorin.

Nina: Trae el cuaderno bajo el brazo.

Masha: Habrá estado haciendo poemas junto al lago...

Nina: No, no. Dice que el campo no lo descansa y que las ideas se le esfuman.

Arkádina: ¿eso dice?

Nina: No escribió una palabra desde que está acá; ni para la novela breve ni para el drama que...

Masha: Tiene la caña en la otra mano...

Arkádina (eufórica): ¡Boris, Borís!

Nina: No la vio...

Arkádina: Tanto escribir, ese pichoncito, se va poniendo miope... ¡Borís!

Arkádina se levanta y sale a buscarlo.

Sonido de un tiro.

Escena 7

En la habitación, Sorin en cama y el Maestro a su lado con el violín.

Sorin (sobresaltado): ¿Qué fue eso?

Maestro: Un adagio sostenuto.

Sorin: No, no. Ese ruido. ¿Un golpe?

Maestro: No, el adagio es... usted dice el presto.

Sorin: No, no, no. Pasó algo.

Mientras el maestro habla, Sorin permanece atento a los ruidos del exterior.

Maestro: Esta es una melodía que suele producir inquietud entre quienes la escuchan, imagínese que fue creada por las tropas napoleónicas cuando entraban en Rusia... Bueno, no por toda la tropa, el que creó la melodía fue seguro un solo soldado, un músico... es increíble, pero músicos hay por todas partes, aun en las guerras... dicen que los rusos salvaron al corneta, de lo lindo que tocaba... en realidad, no lo salvaron: lo raptaron. Le curaron los pies, la gangrena, y lo pusieron a tocar. La gente es extraña y la música hace maravillas...

Sorin: Oiga...

Sonidos de pasos.

Maestro: Me parece que tiene razón.

Sorin: Vaya a ver.

Maestro: ¿Quiere que vaya a ver ahora?

Sorin (exasperado): ¡Sí!

Entra Arkádina, desesperada. Se tira a los pies de la cama de Sorin.

Arkádina: ¡Es Kostia, está muerto, está muerto!

Sorin: ¿Qué?

Arkádina: Quiso matarse, está muerto.

Sorin: ¿Cómo, qué pasó?

Arkádina: Vino el médico. Lo están atendiendo. Por una pizca así no se perforó el cerebro... Ay, estoy tan mal, ¡me muero, me muero de dolor!

Sorin: Está fuera de peligro?

Arkádina: Sí, sí. Ahora sí.

Sorin (al maestro): Ayúdeme a levantarme.

Arkádina: No vayas. Te vas a impresionar. Está todo lleno de sangre, el tapete, el sillón de cretona, la alfombra persa... No sé cómo podrán quitarse todas esas manchas, ¡es horrible!

Sorin: Perdió mucha sangre.

Arkádina (asiente): La sangre de verdad no es como la del teatro!

Sorin: Tenés que irte, Irina.

Arkádina: ¿Qué?

Sorin: tenés que irte y llevarte a Trigorin de acá. Volvé a Moscú.

Arkádina: ¿Me estás echando?

Sorin: No se me ocurriría. Tenés que poner a salvo a tu hijo. Está enfermo de celos, de rabia, de amor. O sacálo a Kostia. Mandálo al extranjero un año. A París, a Lyon, a Marsella. A Alemania. Un año afuera y vuelve curado.

Arkádina: ¿Y cómo, cómo hago? ¿Un año en el extranjero? ¿Sabés, Petia, cuánto cuesta? ¿De dónde saco ese dinero? Yo no soy rica. Apenas si me alcanza para mí,

para... el teatro no paga. Le entregué mis mejores años y sin embargo...

Sorin: Irina...

Arkádina: ¿Desconfiás de lo que te digo?

Sorin: Irina, no es eso.

Arkádina: ¡Nada más en el vestuario se me va un dineral!

Sorin: Este año la siembra no dio. Si no yo, te juro, lo ayudo a irse... Un viaje de iniciación por la Europa es como un hilo que tirara de la mollera de un joven hacia arriba... los hace crecer de pronto...

Arkádina: Sí, sí, todo muy lindo, Petrusha. Pero yo no tengo con qué mandarlo. ¡Estoy de muerte con mi monedero! No logré ahorrar nada..., me hubiera gustado mandarlo a estudiar a San Petersburgo, a... pero no se pudo: ¡un oficio ingrato! Ahorro todo lo que es posible. Y eso que yo no soy de las que se ponen terciopelos ni brocados. Ando como puedo, apenas lo necesario para no parecer una pordiosera...

Sorin: Andáte, entonces. Mañana, pasado mañana, lo antes posible.

Arkádina: Boris estaba descansando tanto acá...

Sorin: Pero tu hijo se vuelve loco con su presencia.

Arkádina (soñadora): Pescaba bagres, aprendió a asarlos; María le dijo dónde podía conseguir cangrejos y ahora está desesperado queriendo saber quién puede alcanzarlo hasta el cangrejal... ¡Es un chico!

Sorin: Que coma cangrejos en un restaurant de Moscú.

Arkádina: Ay, Petia. ¡Tanto amor que le tengo y me hacés avergonzarme!

Sorin: Sacálo de acá por Kostia.

Arkádina (lagrimeando): ¡Tanto amor y avergonzada! ¡Tanto amor...!

Sorin: Basta con el teatro, Irina. Uno se cansa...

Arkádina llora.

Escena 8

Arkádina cambiando la venda en la cabeza de Tréplev.

Arkádina: ¿Por qué, hijo mío? ¿Por qué lo hiciste?

Tréplev: Fue un arrebato, mamá. Ya pasó.

Arkádina: ¡Ya pasó, ya pasó! La próxima dame un tiro en el corazón que será lo mismo.

Tréplev: Cambiame la venda. Lo hacés tan bien.

Arkádina: El doctor prometió venir a las 10 y media, pero... Parecés un turco con su turbantito de seda. Ayer un forastero preguntó de qué nacionalidad eras.

Masha le dijo sirio-libanés. Por hacerme reír. Tiene gran corazón ella, no sé por qué no te gusta. Está casi curado. Falta un poquito. ¿No vas a volverlo a hacer? ¿Nunca, nunca?

Tréplev: No, mamá. No pude dominarme, pero ya pasó. No se repetirá más. Tenés manos de hada. Me acuerdo de cuando trabajabas todavía en el teatrillo ése del Estado, y yo era chico, muy chico... ¿qué edad tendría? Bueno, no importa, y hubo una pelea en el patio de la casa...; le habían pegado a una inquilina que era lavandera. ¿te acordás de lo que te digo? (Arkadina niega, indiferente) La levantaron del suelo, sin conocimiento... Después, fuiste a visitarla, le llevabas remedio, bañabas a sus hijos, hasta creo que les cocinabas el puchero... ¿De verdad no te acordás?

Arkádina: No.

Tréplev: En el mismo edificio vivían dos bailarinas... Venían a tomar el café... una quería que le enseñaras a moverse con garbo en el escenario...

Arkádina: ¡Ah, sí! Evguenia Alexandrova. Ojalá lo haya logrado... aunque nunca escuché de ella en Moscú... pero puede que actúe en compañías de provincia, vaya una a saber. El éxito tiene formas propias. ¡Evguenia Alexandrova también! Esa cintura tan minúscula que tenía se debía a que tenía los riñones para adelante y adentro nada, ningún artículo de mujer... el vientre vacío: había nacido así... (Pausa.) Te impresioné, Kostia?

Tréplev: No, mamá. Estos últimos días lo pasé muy bien a tu lado. Te quiero con la misma devoción y ternura que cuando chico. No me queda nadie aparte de mi madre. Pero, ¿por qué estás tan sometida al influjo de ese hombre?

Arkádina: Es un buen hombre, Konstantino, muy noble. Es...

Tréplev: Un cobarde. Cuando lo reté a duelo, se excusó y ahora mañana se va de acá. ¡Huye, huye! ¡Ese es el hombre que venerás!

Arkádina: ¡Qué disparate! Yo le pedí que no vaya. Faltaría más...

Tréplev: ¡Un hombre de gran nobleza! Escuché a la cocinera decir: Al agua del arroyo le gusta la libertad. Lo dijo porque hablaba de la alambrada que pondrían los Kolpakov, pero él, ¡el gran hombre! escuchó eso y corrió más rápido y sigiloso que una rata y anotó la frase de la pobre vieja como un loco enfebrecido... La dejó plantada, hablando sola, mientras anotaba...

Arkádina: Es su método de trabajo, él...

Tréplev: Nos estamos peleando por su culpa. Mientras que él, en alguna parte del jardín o de la sala se rie de nosotros. Trata de convencer a Nina de que él es un genio, y ella asiente, la muy estúpida...

Arkádina: Disfrutás de decirme cosas horribles. Yo respeto a ese hombre, Konstantino. Te ruego que no hables mal de él en mi presencia.

Tréplev: Yo no lo respeto. Para mí no es un genio, por más que me quieras obligar a que lo vea así. Es un trepador, un hombre sin ideales y sin corazón...

Arkádina (suave): Kostia...

Tréplev: ¡Lo es, lo es!

Arkádina: Estás envidioso.

Tréplev: ¿Qué decís, mamá?

Arkádina: A la gente sin talento pero con pretensiones no le queda más remedio que criticar a los que sí lo tienen. ¡Lindo consuelo!

Tréplev (con ira sorda): Yo, tengo más talento que todos ustedes juntos, si vamos al caso! Pero no suplico favores, no me arrastro, no trepo, no hago morisquetas para que me alaben... Soy íntegro, puro... ¡No me paso el día en frivolidades! ¡Yo no reconozco a la gente como ustedes!

Arkádina: ¡Resentido!

Tréplev: Volví a Moscú a trabajar en esos teatros, haciendo vida de corista, en esas obras, esas porquerías que no valen nada. Vodeviles; estás envuelta en noches cada vez más largas, y nunca volverá a amanecer para vos...

Arkádina: Qué tupé, venir a decirme... ¡Vos, que ni podrías escribir un vodevil de

morondanga! ¡Burguesito de Kiev! ¡Mantenido!

Tréplev: ¡Tacaña!

Arkádina: ¡Androjoso!

Tréplev: ¡Vieja decadente!

Tréplev se sienta y llora en silencio.

Arkádina: ¡Nulidad! (cae en la cuenta de cómo está Tréplev) No llores, por favor.

No hay que llorar. Hijo querido, perdón. Perdón, perdón, mi palomito, mi pajarito querido. Perdona a tu madre pecadora. Perdónala, pobre desgraciada.

Tréplev: ¡Si supieras! ¡Lo perdí todo! Ella ya no me ama, no puedo escribir... ¡se terminaron todas mis esperanzas, todas!

Arkádina: No te pongas así. El se irá pronto y ella va a quererte de nuevo...basta, basta de llorar, mi gaviñancito. Ya hicimos las paces.

Tréplev: Sí, mamá.

Arkádina: Y hacé las paces con él también.

Tréplev: ¿Qué?

Arkádina: No tiene que haber duelo.

Tréplev: No puedo, mamá. Yo no voy a disculparme.

Arkádina: ¡No quiero que se batan a duelo!

Tréplev: No habrá duelo. Pero a esa sucia rata yo no le pido disculpas.

Tréplev sale. Arkádina solloza, rota.

Escena 9

Entra Masha, ve así a Arkádina.

Masha: ¿Qué pasa, señora?

Arkádina se calma de apoco, hasta que recupera la respiración.

Arkádina (amarga): Unas puntillitas en el ruedo... el bretel de su corpiño colorado que se vea como sin querer en el hombro, el escote un poco más

pronunciado, y sonreír, sonreír... Usted no sonríe nunca, por eso mi hijo no la mira. Cuando lo mira, debe hacerlo directo a los ojos, pero baja un poco los suyos, y lo mira a través de sus pestañas. (hace el gesto) Así, ¿ve? Lo seduce, lo conquista. Usted lo seduce y yo le doy mi bendición, Masha.

Masha: El no me quiere, señora Irina.

Arkádina: ¡El, el! Un hombre nunca sabe qué le pasa adentro del corazón. Le muestra el tobillo, tararea una canción de amor, deja que él huelga su perfume en su cuello, en el lóbulo de su oreja... ¿Usted se perfuma en las orejas?

Masha: Me habla como si yo fuera un perrito de compañía...

Arkádina: Cállese. Un perfume dulce, fuerte, con sándalo, algo que lo maree, lo deje pensando. Yo tenía uno así, pero he dejado de usarlo... ¿Dónde estará aquel frasquito? Voy a regalárselo. Usted se lo pone, usted le sonríe a mi hijo, le canta, ¡lo alaba! Los elogios abren el alma de un hombre... Lo convida con dulces; cuando se sienta, cruza las piernas así, que se note la redondez de la rodilla a través de la tela del vestido; ¡haga hasta que él ate los cordones de sus botitas!, que vea sus pantorrillas; usted es linda, Masha, usted es rica; tiene que poder. (Masha asiente, divertida) ¿Me entiende, me entiende, Masha lo que le digo? ¡Usted tiene que salvar a mi hijo!

Masha: Señora, yo...

Arkádina: Voy a buscar ese perfume. Voy a traérselo.

Arkádina sale. Se topa con Trigorin que entra.

Trigorin: Irina, quiero hablarte.

Arkádina: Un momento, Boris. Dame un momento que estoy ocupada con algo importante.

Trigorin se sienta al lado de Masha.

Trigorin (por Arkádina): ¿Qué le pasa?

Masha: Está preocupada por Kostia. Está como loca.

Trigorin: Ah.

Masha: Voy a contarle algo. Porque usted es escritor y de esto puede hacer una historia. Me caso. Con el maestro.

Trigorin: ¡Masha!

Masha: ¿Qué se asombra? ¿O acaso usted estaba enamorado de mí?

Trigorin: ¿Yo? No... Es la novedad que...

Masha: Es un buen hombre. ¿Quiere un traguito? Es raro cómo funciona el vodka dentro del cuerpo. En invierno calienta y en verano refresca. Como la ropa de cuero. Sírvase.

Trigorin bebe.

Masha: ¿Le siente un regusto de manzana? Le agregué jarabe de manzana. Un ímpetu que me dio. No me mire así: las mujeres bebemos más de lo que ustedes piensan. Muy pocas lo hacen abiertamente como yo, la mayoría en secreto; y siempre vodka o coñac. Además la bebida levanta el ánimo. La inventó Noé, el patriarca, apenas bajó del Arca...

Trigorin: ¿Noé? No siento la manzana que usted dice.

Masha: ¿No, nada? (Pausa.) ¿Eran guindas? No, a esta no le puse guindas... Sí, es manzana... Voy a arrancar de mi corazón a Konstantino. Como se arranca una fruta del árbol, así, de cuajo.

Trigorin: ¿No se le sube muy rápido a la cabeza esta bebida?

Masha: En el invierno no.

Trigorin: Pero estamos en verano.

Masha (ríe): El maestro no es muy inteligente que digamos, pero es un hombre bueno y pobre, y me quiere mucho. Y ya oyó usted con qué ganas aporrea el violincito con el arco... tripas de gato usa, por eso suena tan mal. Digo yo, que de música sé muy poco. Pero acá en el campo una mujer puede vivir sin saber música... ¡hace falta tan poco para existir! (saca un librito de un bolsillo de la falda) Fírmelo, por favor. Ponga: "A María, que no recuerda de dónde viene y que no sabe para qué vive en este mundo..."

Trigorin (palpándose): No tengo aquí... con qué...

Masha: Entonces me manda sus libros. Por correo. No guarde de mí un mal recuerdo. Adiós, adiós.

Masha sale.

Trigorin se queda paladeando el vodka.

Entra Nina, tiende hacia Trigorin su puño.

Nina: ¿Par o impar?

Trigorin: Par.

Nina: No. Tengo un solo lupín en la mano. Estaba pensando: ¿me hago actriz o no? Ay, quién pudiera darme un consejo...

Trigorin: En esto no se puede dar consejos.

Nina: Ah, Boris. Nos vamos a separar, y a lo mejor no nos veamos nunca más. Le regalo este medallón, es mío. Lléveselo como recuerdo. Mire aquí: grabé sus iniciales. Y aquí puse el título de su libro: Días y noches.

Trigorin: ¡Qué delicado! ¡Qué encantadora es, Nina! Déjeme ver: Días y noches, página 121, renglones 11 y 12. ¿Qué decía ahí?

Nina: ¡Ah!

Trigorin: No lo recuerdo, dígame.

Nina: No. Ah, los artistas, los artistas. Yo pensaba que la gente célebre era orgullosa, inaccesible, que despreciaba a la multitud y se vengaba de ella con su fama, con el brillo de su nombre... Pero la señora Irina lloraba el otro día porque se enganchó la blusa roja en el espinillo y se le hizo un siete aquí, y usted anda de acá para allá con la caña y los bagres... Pero no, los artistas lloran, pescan, juegan a los naipes, se ríen, se enojan como todos los demás, como nosotros... y usted ni siquiera recuerda qué cosas escribió en sus propios libros

Trigorin: La memoria humana es muy frágil.

Nina: Pero acuérdesse de mí de vez en cuando, se lo pido como un favor.

Trigorin: ¿Acordarme? ¿Olvidarla? Nunca vi ojos como los suyos. Nunca, un andar tan elegante, una sonrisa tan invitadora... Me voy a acordar siempre de usted como aquel día, la semana pasada: usted toda vestida de blanco y sonriéndose... Conversamos, había una gaviota muerta en el banco...

Nina: Ah, sí. Pobre pájaro. Viene alguien, no puedo seguir hablando... Disculpe, disculpe...

Nina sale apresurada.

Escena 10

Pasa Arkádina, con vestidos en la mano

Todo el tiempo están ocupados embalando cosas y guardándolas.

Trigorin: ¿Hay libros míos acá?

Arkádina: Sí, querido. Pronto va a llegar el coche. ¿Tenés todo listo?

Trigorin: ¿En la biblioteca o en tu cuarto están mis libros?

Arkádina: En la biblioteca.

Trigorin sale rápidamente.

Arkádina: ¿Olvidaste cómo es tu propia escritura, Boris? ¿Es necesario que la recuerdes ahora? ¿Ya hiciste todo el equipaje? Boris, Boris... te estoy hablando....

Trigorin ríe y sale.

Arkádina (chistosa): ¡Siempre soñando! Y encima estás viejo. Cuando es así uno se olvida de sí mismo.

Trigorin vuelve con un libro suyo en la mano, Arkádina inspecciona.

Arkádina: No es el mejor que escribiste, pero no estaba mal...

Trigorin (lee): "Si algún día, mi vida te hace falta, llégate hasta mí y tómala".

Arkádina: Petrusha me propuso encuadernarlos todos. Porque la humedad aquí los echó a perder... Pero es muy caro hacerlo en cuero y oro y yo creo que se merecen cuero y oro y no paño... ¿Me estás oyendo, Boris? ¿Eh? Tengo la sensación de estar hablándole al aire.

Trigorin: Estoy triste. Quedémonos.

Arkádina: ¡Ay, mi amor! No seas exagerado. Vamos a volver el próximo verano. Vas a pescar otra vez una docena de bagres y vamos a preparar la salsa picante para condimentarlos... (percibiendo la amargura de él) ¿Qué pasa? ¿Qué pasa, Boris? (Larga pausa.) Ya sé lo que te retiene acá. Pero hay que dominarse. Estás mareado, tenés que despejarte.

Trigorin: Irina, trata también de ser sensata. Razonable, serena, como un verdadero amigo. Sos capaz de muchos sacrificios, lo sé: te vi hacerlos, llena de abnegación, sin parpadear, toda de fuego... Sé mi amiga ahora, dejáme quedarme...

Arkádina: ¿Tan enamorado estás?

Trigorin: ¡Me atrae! ¡No puedo evitarlo: a lo mejor sea justo lo que estoy necesitando!

Arkádina: ¿Qué estás diciendo, Borís? ¿El amor de una chica provinciana es lo que te hace falta?

Trigorin: No me conoces bien, Irina.

Arkádina: ¡Vos no te conocés bien!

Trigorin: Irina, no me ataques, por favor. A veces la gente duerme de pie; algo así me pasa ahora cuando te hablo; sueño con ella... pienso en ella, me obsesiona... ¡se apoderó por completo de mí! Dejáme acá.

Arkádina: No, no. Soy una mujer nada más. No se puede hablar así conmigo. No me tortures, Boris. Tengo miedo...

Trigorin: Pero si quisieras podrías ser magnánima. ¡Un amor joven, encantador, poético, que nos lleva al mundo de los sueños! ¡Sólo él puede darnos felicidad sobre la tierra! Un amor así no lo he conocido aún...

Arkádina: ¡Tampoco a los cocodrilos del Nilo y sin embargo...!

Trigorin: Sh. No me interrumpas. Nunca, una muchacha pura me dio su ser, su amor...

Arkádina: Nunca tuve una magnolia que no fuera de tela. Todas de tela, utilería. ¡Y no ando por los rincones llorando que nunca vi una magnolia verdadera! ¡Cada uno debe conformarse con lo que le toca!

Trigorin (suplicante): Pero ella me tocó a mí, Irina. Entendeme. Me pasé la

juventud pegado a las redacciones, corrigiendo manuscritos, luchando contra la pobreza... no pude amar... Y aquí, ahora, llegó este amor, me llama: es para mí, un regalo del cielo. ¿Cómo voy a huir?

Arkádina: Estás loco.

Trigorin: Creo que sí.

Arkádina: Hoy se confabularon todos para torturarme!

Trigorin: ¡No entendés! ¡No me entendés!

Arkádina: ¿Es posible que yo esté tan vieja y fea que se puede hablar conmigo de otras mujeres con tanta facilidad? ¡Te engatusa una ilusión y me hacés planteos! Loco, chiflado. (Se arrepiente, lo besa) Amor mío, amor mío. ¡Sos la última página de mi vida! Alegría mía, mi luz. ¡Si me abandonas por una hora siquiera no voy a poder soportarlo, me voy a volver demente, me enfermo! ¡Cómo voy a despertar sin verte! No puede ser, no puede ser. Soy tu esclava, ¡no podés dejarme así!

Trigorin: Levantáte, Irina.

Arkádina: ¡No, no, no!

Tigorin: No hagas este escándalo. No quiero.

Arkádina (comienza a incorporarse): Tesoro mío, cabeza loca, pajarito, esta frente es mía, estas orejitas, estas sienes donde late el pensamiento, todo, todo mío... querés cometer locuras, pero yo no quiero, no te voy a dejar hacerlas... Esta nariz es mía, el brillo de tus ojos, tus pestañas largas, mías, mías, mías... Todo mío, todo. Tienes tanto talento, tanta inteligencia, ¡el mejor de los escritores contemporáneos! ¡el único! ¡el febril, el brillante! ¡La única esperanza de Rusia! Escribís con sinceridad, sencillez, frescura, humor... Sabés expresar lo más importante, transmitirlo al papel, y del papel va a mi cuerpo a mi voz, de tu cuerpo a mi cuerpo, comunicados, unidos... ¡Tus personajes están vivos! ¡Nadie puede leerte sin entusiasmarse! ¡Un día habrá una revolución y te nombrarán, que los inspiraste con tu fuerza, tu sentido de la justicia! ¿Pensás que te estoy tirando con flores, que te adulo? Miráme. Miráme a los ojos, Boris. ¿Parezco una mentirosa? Ya lo ves, sólo yo sé valorarte como es debido: te digo la verdad, mi querido, mi amor maravilloso... ¿Volvemos? ¿Volvemos juntos a Moscú? ¿No vas a

dejarme? ¿No?

Trigorin: Ah, Irina. Nunca tuve voluntad para hacer frente a tus reclamos. Débil como un pollo estoy, y te gusto. No puedo entenderlo. Vamos, pero no me dejes separarme de vos ni un paso.

Arkádina (junta las manos como para agradecer al cielo y las besa; luego, natural) Si tanto empeño tenés en quedarte, podés hacerlo también. No soy tu patrona. Voy yo sola y venís unos días después. O dentro de una semana. ¿Qué apuro tenés?

Trigorin: No, vamos juntos.

Arkádina: Como quieras. ¿Juntos? Vamos juntos si te place.

Trigorin: Otra vez los vagones, los estaciones, los comedores, la carne mal cocida, las conversaciones, las copitas de anís...

Arkádina: ¡Los abedules que se mecen, los cables del telégrafo bailando, las nubes con formas de conejo, el placer de viajar, la alegría de vivir! ¡La alegría de vivir! (Pausa; recuerda) ¿Dónde está Konstatín? Tengo que despedirme de él. (A Trigorin) ¿Cómo me veo?

Trigorin: Bien.

Arkádina: ¿Tengo cara de loca? ¿Se nota que lloré?

Trigorin: Un poco. Si te arreglás el pelo que te tape...

Arkádina: No, no importa. Que vea que lloré...

Arkádina sale.

Suena el violín del maestro. Una melodía triste.

Trigorin (hacia la habitación de Sorin): ¿Cómo se llama esto? ¿Es Ojos Negros?

Entra Nina con una raqueta de tenis en la mano.

Trigorin: Ah!

Nina: La señora Irina se olvida... (pausa.) Yo sabía que volveríamos a vernos.

Tenía el palpito. Tengo que decírselo: tomé la decisión. Es irrevocable: me voy a Moscú. A ser actriz; sigo mi vocación. La suerte está echada. Mañana dejo la casa

de mi padre. Dejo todo. En el expreso nocturno, el que lleva el correo. Eso me dará suerte. Por la mañana, ingresaré en el teatro. Me voy como usted, a Moscú. Nos veremos allá.

Trigorin (conspirativo): Alójese en el 'Feria Eslava'. Hágalo, por favor. Avíseme apenas llegue. Calle Molchanovka, edificio Groyesky. Ahora estoy muy apurado, perdóneme.

Nina: ¿Así? ¿Se despide de mi así?

Trigorin (acercándose): Usted es tan preciosa. ¡Ay, qué felicidad saber que voy a volver a verme! ¡Todas mis noches se volverán auroras cuando la vea de nuevo, Nina! Veré otra vez estos hermosos ojos, su sonrisa, su boca de fruta madura... Querida, querida... (beso)

Apagón

Fin del primer acto.

ACTO 2:

Han pasado dos años.

Escena 1

En la habitación de Sorin, Masha, el Maestro y Tréplev.

El Maestro toca.

Masha: ¿No podrías tocar otra cosa, Simón?

Maestro: ¿Qué?

Masha: ¡Algo menos lúgubre!

Maestro: No levantes la voz; el señor Pedro duerme.

Masha: No habrá sido tu música la que lo...

Maestro: Está muy oscuro todo acá.

Masha: En el lago hay olas altísimas...

Maestro (más bajo): Vayámonos a casa, Masha.

Masha (rotunda): No.

Maestro: Hace tres días que el bebé no te ve... Debe tener hambre.

Masha: La sirvienta le da de comer, ¿o te pensás que lo dejará morir?

Maestro: Se te va a cortar la leche si no lo amamantás...

Masha: Sos un asqueroso, hablando de esas cosas con una señora...

Maestro: Masha...

Masha: Masha, Masha, Masha, ¡me vas a gastar el nombre! ¡Antes por lo menos filosofabas, pero ahora todo el día la misma cantinela: que el bebé, que la casa; que la casa, que el bebé! ¡Estoy harta!

Sorin se despierta.

Maestro: Ahí tenés. Despertaste al señor.

Masha: Señor Pedro, ¿necesita algo?

Tréplev: Tío, ¿estás bien?

Sorin: Sí.

Maestro: Durmió tranquilo...

Sorin (risueño): ¿Sí? ¿Cómo puedo saberlo yo? Si uno está dormido no sabe cuántas vueltas pega en la cama...

Masha: Simón, ¿por qué no te vas y me esperás en casa, eh?

Maestro: ¿Yo?

Masha: Sí, querido.

Maestro: ¿Y cuándo vas a venir vos?

Masha: Mañana a más tardar. En cuanto llegue la señora Irina y se haga cargo de la casa, ¿sí? ¿Vas a hacer lo que te digo, mi amor?

Maestro: Sí.

Sorin: ¿Llamaron a Irina?

Tréplev: Sí.

Sorin: ¿Y tu madre va a dejar Moscú y todo el mundo del estrellato para venir a verme?

Tréplev: Sí, tío.

Sorin: Entonces estoy mal.

Maestro: Voy a buscar mis cosas.

Masha: Vaya, vaya, mi amor.

Maestro: Con el permiso de ustedes.

El Maestro sale.

Masha: Ay, este hombre. ¡Qué fastidio!

Sorin (a Tréplev): ¿Estás leyendo?

Masha: Para Konstantino es más cómodo trabajar acá. Pero cuando quiere puede salir al jardín y meditar.

Sorin: Kostia, quiero darte un argumento para una novela. Debe llamarse así: El hombre que anheló. Hubo un tiempo cuando era joven que quise ser un intelectual y no lo fui; anhelaba hablar con belleza y hablaba como un carrero; y cuando quise concretar qué hacer, di vueltas y vueltas hasta estar envuelto en sudor; quise casarme y no me casé; anhelé vivir siempre en la ciudad y ahora termino mis días en el campo.

Masha: Mostrarse descontento a los 62 años no es generoso de su parte.

Sorin (ríe alegremente): ¡Pero y quién me lo dice!

Masha: Estamos estorbando a Konstantino en su trabajo.

Tréplev: No, no hago nada importante...

Masha: Miente, miente. ¡Leí los remitentes de las cartas que tiene ahí encima! Disculpe, no pude evitarle. ¡Le mandan cheques de revistas extranjeras! ¡Vende cuentos, publica cuentos en las revistas extranjeras! ¡Debe estar usted tan orgulloso, Kostia! Yo... yo... yo no quepo en mí de saber un escritor tan importante...

Sorin: Masha, ¿me trae agua?

Masha va hacia una jarra y le sirve en un vaso.

Sorin: No, de esa no. Traígame de la otra, la fresca. Dígale a María, la que acaba de sacar del pozo. Esa quiero...

Masha: Sí, señor Pedro.

Masha sale.

Sorin: Es buena, Masha.

Tréplev: Sí.

Sorin: Sé cariñoso con ella, Kostia. Te adora. No logra quitarte de su cabeza...

Tréplev: Pero no voy por eso a meterme en su calzón.

Sorin: Qué desagradable podés ser. Mashenka, como cualquier otra mujer, no necesita nada. No te pide nada. Le basta con que la mires.

Tréplev: La miro.

Sorin: Así no. Con más... no sé. Te ama. Un amor sin esperanzas existe únicamente en las novelas. Me confió que trasladarán al maestro a un pueblo más adentro, al norte.

Tréplev: ¿Me estás insinuando que la tome por amante?

Sorin: Ella se va con él. Para no tenerte al alcance de sus ojos.

Tréplev: Mientras no esté al alcance de sus manos...

Sorin: Dice que en un mes te olvidará por completo.

Tréplev: Feliz de ella, entonces, que puede planear el olvido como se planea una comida de pascuas.

Sorin: Sos cruel porque seguís pensando en Nina.

Tréplev: No pienso en ella. Ya no.

Sorin: Eso dicen todos los que están enfermos de obsesión. No duró nada al lado de Trigorin. Eso ya se sabía. Dejó de quererla y volvió a sus antiguos afectos. Tu madre no me mandó una sola carta en todo ese tiempo, para que yo no me indignara. Ese escritor, ese loco, es un débil de carácter y se las ingenió para pasar el tiempo aquí y allá a la vez, y tu madre lo sabía y tu madre lo permitía, porque es más débil que él. Pero lo que más me apena es el hijito de Nina, que se le murió de neumonía en una sola noche...

Tréplev: La vi dos veces por ese tiempo.

Sorin (sorprendido): Ah, ¿sí? Nunca me lo contaste.

Tréplev: Hizo su debut en un lugar de veraneo en Moscú y después se fue a la provincia. Se empeñaba en tomar grandes papeles, pero no daba pie con bola y su actuación mereció el oprobio... Había momentos en que gritaba con talento,

se tiraba de los pelos con talento, moría con talento, pero eran solo momentos.

Sorin: ¿Entonces tiene talento, a pesar de todo?

Tréplev hace el gesto de no saber.

Tréplev: Iba a verla al teatro y no me dejaba entrar al camarín. Iba a verla a los hoteles adonde paraba y no me recibía. Me mandó dos cartas. Firmaba "la gaviota". No ponía más Nina. No le dice a nadie que se llama Nina. Ni aun ahora que está alojada en el pueblo, para ver si...

Sorin: ¿Está acá?

Tréplev: Quiere recuperar algo de lo que era suyo. La propiedad, me refiero. Lo otro: la cordura, la pureza, están perdidas. Pero la madrastra se niega. No quiere saber nada de ella...

Sorin: ¿La viste?

Tréplev: La vi en el campo, andando sola. Toda vestida de blanco y recitando y gesticulando como cuando mamá pasa letra... La llamé y salió corriendo.

Atravesó el campo de lino corriendo. Le falta un poco un tornillo...

Escena 2

Entra Masha con Trigorin y Arkádina.

Masha (feliz): ¡Llegaron los señores! ¡Los señores! ¡La celebridad y la gran diva!

Arkádina (se abalanza para besar a Sorin): Mi amor, mi amor...

Sorin (bromeando): Me dabas por muerto y querías el medallón de la abuela, eh?

Arkádina: Bobo, no hagas esos chistes.

Sorin: El talladito en ébano, con los rubíes...

Arkádina: Basta, bobo, bobito...

Sorin: Me alegro que no lo desees porque lo regalé a Masha para el bautismo de su hijito...

Arkádina: ¿¿Qué????? ¿Qué hiciste, Petrusha!?

Masha: ¡No es cierto, señora Irina! ¡Es broma, es broma!

Todos ríen. Arkádina besa a todos, se detiene en su hijo.

Arkádina (bajo): Para que no guardes rencor...

Tréplev (bajo): No lo tengo, mamá.

Arkádina (alto): Acá Boris trajo una revista donde te publicaron un cuento, Kostia. Borís, Borís, dale la revista.

Trigorin: Ah, sí. Konstantino, todos me preguntan por usted en Moscú. En San Petersburgo también. Hasta en Odessa, adonde estuve hace poco dando unas charlitas sobre el arte de narrar, me preguntaron por su persona. ¿Cómo es, cuántos años tiene, si es morocho o rubio? No sé por qué piensan que ya no es joven. Nadie sabe cuál es su nombre, ¿siempre publica con seudónimo, Kosntantino? Debería un día dar a la luz su verdadera identidad...

Tréplev: Nunca.

Trigorin: Tarde o temprano acaba por saberse, hay muchos ejemplos así en la historia de la literatura, el mismo Máximo Gorki...

Tréplev: Jamás diré quien soy.

Trigorin (tenso, irónico): Como un héroe de folletín. Está bien. Cada uno hace de su vida un pito..., como dicen por ahí. Sabia frase campesina...

Tréplev: ¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

Trigorin: En el tren nocturno de mañana vuelvo a Moscú. Es necesario. Estoy apurado por terminar una novela...

Masha: ¡Ay, está escribiendo una novela! Cuéntenos, sobre qué tema, quienes son los personajes. ¿Es de amor? ¿Hay amor ahí? Mucho, poquito o casi nada?

Trigorin: Luego, querida, luego. Pero decía tengo que terminar eso y un encargo para una antología... lo de siempre. Aparte, el tiempo no me recibió con cariño. El viento es cruel. Por la mañana, si se aplaca un poco iré a pescar. ¡Y quiero volver a ver el jardín y el teatrillo que levantamos para que usted diera su obra! ¿Se acuerda, verdad, Konstantino? Ya tengo madurado un nuevo tema, sólo quiero reconstruir en mi memoria el lugar de la acción...

Tréplev (tan sonriente que no se sabe si es un elogio o un insulto): Bebiendo de la vida de los demás como los vampiros...

Trigorin: ¿Cómo dice?

Arkádina: ¡Masha, busquemos para tomar café, algo fresco, algo fuerte! ¡Venga,

venga, vamos!

Masha: ¿Café? ¡Hay licor de mandarinas! ¿A usted le gustaba el licor de mandarinas?

Trigorin: ¡Mucho! Pero la úlcera...

Arkádina: ¡Qué úlcera, ni úlcera, Boris! Vení a ayudarnos. Cortemos un pan de cerveza.

Masha: Hay tarta de limón que preparé ayer.

Arkádina y Masha salen llevando a Trigorin del brazo.

En el camino, se cruzan con el maestro.

Trigorin: ¡Maestro!

Maestro: Gusto verlo, Boris Trigorin.

Masha: ¿Todavía acá?

Maestro: No encuentro un coche para ir...

Masha: Entonces quedáte a conversar con el señor Boris.

Maestro: Sí, yo...

Masha: No me estés siguiendo atrás, eh.

Maestro: No, no.

Masha: Prometémelo.

Maestro: Te lo prometo, Masha. Me quedo acá con el escritor.

Masha: Bien así.

Escena 3

Masha y Arkádina preparan bandejas con licor y café.

Masha: Qué hermosa está, señora Irina. A usted no le pasa el tiempo.

Arkádina: Me cuido mucho. Es parte del oficio. Una actriz no puede... Es fastidioso también.

Masha: Hasta me parece que esa es la misma blusa roja que tenía puesta hace dos años...

Arkádina: ¿Estás loca, Masha? Esa se rompió, no hubo como remendarla. Dos

costureras y una modista de alta costura la estudiaron y hubo que tirarla a la basura... Bueno, no,. Miento: hice pañuelitos de gasa... Esta es nueva, con lentejones negros... la otra los tenía color peltre...

Masha: Me parecía...

Arkádina: Te pareció mal.

Larga pausa.

Arkádina: ¿Cómo lo viste a mi hijo?

Masha: Bien, señora.

Arkádina: No es cierto. No está bien.

Masha: Debe ser la preocupación por el señor Pedro.

Arkádina: ¡Pero no! Él no es capaz de preocuparse por eso; es un egoísta, no le importa la salud de nadie. Cuando yo me rompí el pie en gira por Ucrania, lo mandé a llamar, y él me puso en una cartita: "Imposible ir, mamá. No tengo con qué. Vendáte el pie bien ajustado que los esguinces se pasan..." (Dolida) No era un esguince, era una luxación. ¿Qué me mira así, Masha? ¿No me vio nunca? (Pausa.) ¿Usted lo sigue queriendo? (Masha asiente) ¿Cómo es que no puede conquistarlo? ¡Una mujer como usted, con todas las herramientas de su sexo a su disposición! ¡Tiene que ser un poco distraída para no haberlo logrado, porque él es un tonto, él es un muchacho al que una mujer con un buen par de senos y los labios pintados, puede llevar de las narices!

Masha (bebe rápido una copita): Voy a llevar el licor a...

Arkádina (con desprecio) Psí, vaya, vaya.

Escena 4

Masha pasa con la bandeja, encuentra a Tréplev, que pasa y ni la mira.

Masha (afectada, llorosa): ¡Konstantino! (El se vuelve) ¿Una copita?

Tréplev: No.

Masha: Me voy del campo, ¿sabe? Trasladan a mi marido...

Treplev: Ah.

Masha: Voy a extrañar... todo esto.

Treplev: Claro, permiso. Tengo que trabajar. Después me cuenta.

Treplev sale rapidísimo. Llanto de Masha.

Se sienta en una butaquita, a un rincón. Cierra una puerta. Mira la revista que le trajo Trigorin.

Treplev: Ni siquiera la abrió... Caradura.

Oye golpes.

Treplev: ¿Quién está ahí? Váyase. (Golpes otra vez; se asoma. Pausa). ¡Otra vez!

(Se asoma) ¡Nina! ¡Nina, Nina! ¿Es usted?

Nina entra y se abraza a Tréplev llorando.

Treplev: Estuve todo el día con una opresión acá: estaba seguro de que la vería!

¡Ay, mi querida, mi adorada, por fin vino! Venga, no lloremos, no lloremos.

Nina: Hay alguien acá.

Treplev: Nadie.

Nina: Cierre la puerta. Si no, van a entrar.

Treplev: No entrará nadie.

Nina: Ya sé que su madre está acá. Cierre la puerta, trábela.

Treplev (pone un sillón contra la puerta): No va a entrar nadie.

Nina: ¿Me ve muy distinta?

Treplev: Está muy delgada... los ojos parecen más grandes. ¿Por qué no me dejó que la visitara? ¿Por qué no me recibió nunca? Una semana hace que está acá y todos los días como un mendigo estuve a su puerta sin que usted me dejara entrar.

Nina: Pensaba que me odiaba, Kostia. Todas las noches sueño con usted. Está parado delante de mí, me mira, pero no me reconoce. Me despierto con escalofríos. ¡Si supiera! Desde que llegué me la pasé dando vueltas alrededor del lago. Acá se está calentito. Oye el viento? Lo oye? Soy una gaviota.

Treplev: Sí. (La abraza, la besa) Nina, bonita Nina...

Nina: Hace dos años que no lloro. Es increíble, pensaba que estaba seca. Por primera vez ayer me puse a llorar cuando fui al jardín y vi el teatrillo que habíamos levantado y donde yo recité su obra... un pedacito de su obra... Ya está, ya está: no lloro más. (Se seca las lágrimas, pausa.) Es un escritor ahora? Qué orgullo debe sentir. Usted es un escritor y yo una actriz. También nosotros caímos en el torbellino. Yo antes llevaba una vida alegre, infantil, pura... Cuando me levantaba a la mañana cantaba, durante el resto del día lo quería a usted, y en los ratos en que mi cabeza divagaba soñaba con la fama... ¿Y ahora? Mañana viajo lejos, a San Eustaquio, doy un espectáculo a los mujiks y a la tarde del día siguiente canto en un Club Social de los comerciantes de otro pueblo... Un popurrí de recitado, canto y baile... Bailo muy bien. ¿Lo sabía? (Pausa.) He aprendido viendo a otras bailar. Pero no me levanto la pollera más arriba de las rodillas, para que el público no mal entienda mi trabajo... igual los comerciantes después me acosan con sus atenciones... y yo, yo a veces quisiera ser generosa... generosa sentimentalmente con ellos... otras me lo han aconsejado así, pero yo no puedo, no. Todavía no puedo. ¿y sabe por qué?

Treplev: No.

Nina: Porque soy una gaviota.

Treplev: Ah.

Nina: La vida es muy burda.

Treplev: Nina, yo la maldije, la odié, rompí sus cartas, sus fotografías; pero a pesar de todo eso mi alma está unida a la suya, sigue unida a la suya. (Ella hace el gesto de negar con la cabeza.) No me importa que me publiquen o no me publiquen: ¡yo la perdí a usted y mi vida se me hace insoportable! ¡Sufro, sufro! Me arrancaron la juventud y soy un viejo que se cae a pedazos. La llamo, beso la tierra que usted pisa, adonde miro se me aparece su rostro sonriendo...

Nina (muy perturbada): ¿De qué habla?

Treplev: ¡Quédese, Nina, o déjeme partir con usted a San Eustaquio!

Nina: San Eustaquio, ¿conoce? Bonito para la pascua, no ahora que hace tanto, tanto frío...

Treplev: Déjeme ir con usted. Se lo pido por favor. Mis escritos son ruinas, son sombras... Usted era la vida.

Nina (muy perturbada): ¿De qué habla? Allá está mi coche. De acá no puede verlo, pero puedo ir caminando sola, hasta la verja. Vuelo hasta allá en un segundito. ¿Su madre está acá?

Treplev: Le avisamos que mi tío estaba muy mal.

Nina: ¿Él está acá?

Treplev: ¿El? (Larga pausa.) Sí.

Nina: Usted dice que besaba el suelo que yo pisaba pero a mí, ¡a mí habría que matarme! No descanso, nada de nada. Soy una gaviota. Soy una actriz, claro. Pero soy una gaviota. Él no creía en el teatro y se reía de mí; y poco a poco yo también dejé de creer. Esas cosas pasan en la tierra y en el cielo. Pero después me atacaron las preocupaciones. ¡Ataques, ataques verdaderos! El amor, los celos, la preocupación por el chiquito... León lo llamé. A él no le interesaba el asunto del nombre... Me vine mezquina, insignificante, me había convertido en todas las mujeres que nunca en mi vida habría querido ser, viejas tías que jamás sintieron una pasión y aquella, la peor, la mujer de mi padre... No sabía dónde meter las manos en el escenario, cómo moverme. Este tipo de dudas para una actriz es más malo que el cáncer. La voz me salía finita o no me salía. ¿Recuerda? Usted una vez mató una gaviota. Llegó un hombre, por casualidad, la vio y como no tenía nada que hacer, la destruyó... Argumento para un cuento breve. (Pausa; confusión.) Le hablaba de qué? No importa. Un olvido no hace verano. (Orgullosa) Pero cambié, eh, cambié. ¡Si habré cambiado yo! Ahora soy una actriz de verdad, trabajo con dedicación, pasión, estoy como poseída en el escenario y me siento espléndida. No me cree? Me cree, claro. Ahora que estoy acá, camino, camino y pienso, pienso y siento que cada día crecen las fuerzas de mi alma... Ahora sé, Kostia, que para nosotros los artistas, lo esencial no es la fama, ni el brillo, ni los sueños... sino resistir. Cada uno cargue su cruz y siga. Cuando yo pienso en mi vocación sufro menos. Si no, sufro como un pájaro maldito.

Treplev: Dice que encontró su camino.

Nina: Sí.

Treplev: Pero yo no.

Nina: Adiós, Kostia.

Treplev: Por favor, un ratito quédese...

Nina: No. (Breve pausa. Contrariedad) No le diga a Boris que me vio. ¿Para qué? Hasta mi nombre le da fastidio. Pero yo lo quiero. Argumento para otro cuento breve. Enlace, nudo, desenlace. Enlace: la muchacha dice: yo era pura y ahora ni siquiera soy.

Nina abraza a Treplev y sale corriendo.

Treplev (bajo): Nina, por ahí no... Podría verla mi madre...

Treplev rompe todos los manuscritos que estaban ahí.

Escena 5

Habitación de Sorin.

Masha y Arkádina con el café y el té. Copitas y botellas. Trigorin lee en voz alta un poema. Entra el maestro con la gaviota disecada.

Maestro: Me olvidaba, me olvidaba. (A Masha) Un momento, querida, ya me voy. (A los demás) Todo el tiempo está preocupada por el bebé... quiere que vaya a verlo, asegurarme que ... (A Trigorin) Kosntantino preparó esto para usted; se lo doy yo porque él es un cabeza hueca que siempre se olvida de mandárselo. Es un regalo. Es difícil de embalar y que llegue sana por el correo, pero...

Trigorin (lo agarra con aprensión): ¿Qué es esto?

Arkádina: ¡Qué asco! Eso está lleno de pulgones, de gorgojos...

Maestro: La gaviota que él mató hace dos años. Dice que es para usted.

Trigorin: ¿Cuándo?

Maestro: Dice que usted se iba a acordar.

Sorin: Debe ser una señal de reconciliación.

Masha: ¡Claro!

Trigorin: ¿Por qué me tengo que acordar? Yo no me acuerdo de nada.

Arkádina: Estás hecho un pobre viejito, Boris.

Sorin: Lo habrá hecho para demostrar que no tiene rencores...

Masha: Eso es imposible.

Trigorin: ¿Ustedes dice que esto pasó acá? Que él mató la gaviota acá, en el campo?

Maestro: El dijo que usted sabe.

Trigorin: ¡Pero yo no me acuerdo de nada!

Masha: Algunos escritores tienen un diario íntimo donde anotan todo lo que les pasa en su vida personal...

Sorin (riendo): Eso sería muy peligroso, ¡si cayera semejante artículo en manos de Irina!

Trigorin (muy confundido): No, no. Yo no tengo vida personal...

Todos ríen.

Trigorin: quiero decir, vida personal que ocultar...

Arkádina (riendo): Coquetea igual, pero ya está muy viejo para trepar balcones...

Trigorin: A lo mejor fue cuando... tuvimos una conversación, creo que fue con Kosntantino, sobre cómo escribí Días y Noches, cómo hice la estructura, todo eso... No, creo que no. Creo que esa charla fue con Andrei Romashov..., un discípulo de hace tiempo que me dijo... "Sus días y noches, maestro Boris, siempre están lejos de Moscú; porque la sombra y la luz están adentro de su alma, de su corazón..." Era un buen muchacho este Andrei pero después lo mataron en la guerra. Él tenía luz, yo no. Pero así es el destino: a veces parece que uno elige pero no elige. Elige (se señala el corazón y el cielo) este o este pero no uno con su razón. Y el muchacho sí que tenía dos dedos en la frente. ¿Una gaviota? No sé, no sé. ¡No puedo recordar!

Sin querer Trigorin da un manotazo a la gaviota que cae y se rompe.

Sonido de un disparo.

Todos se estremecen.

Masha: ¿Qué fue eso?

Arkádina (persignándose): No, otra vez...

Maestro: Dejé abierto el armario donde estaba la gaviota... y estaba el pisapapeles de vidrio y hierro, esa bola que nos regaló usted, ¿se acuerda, Irina?, un recuerdo que trajo de Dinamarca... Se habrá caído al suelo..., se habrá roto, qué lástima.

El maestro sale.

Arkádina (con un hilo de voz): Ustedes me van a matar. Yo también tengo el corazón débil, les aclaro. Soy un ser humano, eh. Uno se enferma, el otro hace travesuras, el otro tiene accesos de cólera y se daña... como hace dos años... Les juro que si siguen con esta conducta yo hago la valija y me voy a vivir a Venecia. O a Génova. O a Madagascar. Y no me ven más el pelo. (A Boris que está asomado al dintel de la puerta y ve las señas que el maestro le hace fuera de escena)
Boris, lo digo por vos también. ¿Me estás escuchando, viejo tonto?

Entra el maestro.

Maestro: Sí, se rompió. Todo sembrado del vidrio quedó el suelo...

Masha: Voy a limpiar.

Maestro: ¡Pero no! Ya lo hará María... Encontré dentro del armario unos viejos libros, de Pedro, cuando niño...

Sorin: ¡Ah, sí! ¡Las historias que nos leía mamá, Irina!

Maestro (toma a Trigorin del brazo): Tiene que venir a verlas.

Sorin: ¿Nunca le mostraste nuestros libros, Irina?

Arkádina: Papeles viejos, malolientes. Delatan cuánta edad tengo.

Maestro: Venga a verlo ahora, entonces. (A todos) Con sus permisos. (Bajo)
Ayúdeme. Saque de aquí a Irina; o le dará un ataque. Konstantino está en el silloncito de la sala chica; se pegó un tiro; está muerto.

Apagón

Final

Patricia Suárez. Correo electrónico: cazadoraoculta@hotmail.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Marzo 2006

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar